

MIGUEL BARRERO

La otra orilla

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: junio de 2023

© Miguel Barrero, 2023
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: Gama, S.L.
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 2103-2023
ISBN: 978-84-19392-41-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A Miguel Munárriz, que me lanzó el guante,
y a Javier Serena, que padeció mis vísperas.*

*Then she opened up a book of poems
written by an italian poet
from the thirteenth century,
and every one of them words rang true,
and glowed like burning coal
pouring off of every page
like it was written in my soul [...]*

BOB DYLAN, «Tangled Up in Blue»

Primer círculo

[uno]

En septiembre de 2019 viajé a Buenos Aires para pronunciar una conferencia e impartir unos talleres literarios. Me habían incluido en un programa del Ministerio de Asuntos Exteriores orientado a la promoción de la nueva literatura española que consistía en dispersar a una decena de escritores más o menos jóvenes –yo rondaba los cuarenta años y me parecía un poco osado seguir atribuyéndome esa condición– por diversos países de Sudamérica, a fin de que diésemos a conocer en ellos nuestra obra. El azar quiso que, de todos los autores seleccionados, fuese yo el primero en elegir destino, y sin titubear pedí que me adjudicasen la ciudad de Buenos Aires por todo el imaginario simbólico que unas cuantas lecturas y algunas canciones me habían llevado a construir en torno a ella, pero también por otro motivo de índole estrictamente familiar. En su juventud, mi abuelo había viajado a la capital con la intención de ganarse allí la vida, en primera instancia, y hasta de hacer fortuna si el destino le era benévolo, pero no consiguió ni lo uno ni lo otro. Durante tres o cuatro años se dedicó a malvivir con empleos que ni siquiera permitían fabular con un porvenir decente y terminó volviendo a Madrid en cuanto ahorró el dinero necesario para pagarse el pasaje. Nunca contó gran cosa a nadie sobre su peripecia en aquel lado del mundo, y su silencio al respecto y la prosperidad que sí logró en su regreso a España terminaron por arrumbar su paso por Buenos Aires en el silencio, como si tanto él como quienes lo rodeaban asumiesen que o bien no había ocurrido allí nada relevante o bien la experiencia había sido tan pródiga en humillaciones que era preferible dejar que cayese sobre ella un olvido piadoso del que

sólo emergían la sucesión de oficios que había desempeñado allí –mozo de almacén, ayudante de carpintero, revisor de autobuses– y el recuerdo de un viaje de ida y vuelta que le había permitido calibrar la inmensidad del océano y constatar la evidencia de que el horizonte, por muy cercano que parezca, se revela siempre un lugar inalcanzable. Nadie se habría hecho preguntas al respecto de aquel pasado tan remoto de mi abuelo si, ya en su vejez octogenaria, el alzhéimer no hubiese empezado a hacer mella en sus neuronas, expulsando de su conciencia frases embarulladas e inconexas que murmuraba en su butaca de la sala de estar. Ninguno nos ocupamos de buscar la menor lógica en sus parlamentos hasta que uno de sus hermanos, en una de las tardes que acudió a hacerle compañía, reconoció en una de aquellas peroratas ininteligibles la palabra «estrella», que repetía con cierta obstinación, y supo relacionarla no con los astros del firmamento, sino con el nombre de una mujer a la que mi abuelo había conocido durante su malograda aventura americana y a la que al parecer se había referido alguna vez cuando no estaban cerca ni su mujer ni sus hijos ni sus nietos y se sentía acompañado por amigos o por cómplices a cuya confianza podía fiar el desvelamiento de ciertos tramos de su biografía que prefería mantener ocultos para el resto. Mi abuela, que no había sabido nada de aquello hasta entonces, tampoco le quiso dar mucha importancia: tuvo que ser un amor de juventud –ni siquiera se conocían mi abuelo y ella cuando él partió al otro lado del mundo, y nunca tuvo razones para dudar de su fidelidad–, y no resultaba extraño que mi abuelo no le hubiese referido jamás nada de aquel noviazgo porque siempre había llevado muy a gala la discreción en que envolvía sus asuntos. Ninguna cuestión que lo atañese en exclusiva debía manchar a los demás, según repetía a menudo en lo que no dejaba de ser una suerte de declaración de principios, y la prueba fue que él mismo se ocupó de dar salida a sus cosas en el preciso instante en que tuvo entre manos el diagnóstico que anunció su final desmemoriado: fue regalando pertenencias entre sus amigos, dejó repartida la herencia entre sus tres hijos y se ocupó él mismo de deshacerse de todo cuan-

to guardaba en el despacho que había instalado en su propia casa –libros de contabilidad, facturas amortizadas, albaranes cumplimentados, recortes de periódicos, unas cuantas cartas resguardadas en sobres amarillentos– por entender que se trataba de cosas que le concernían en exclusiva y, por lo tanto, ni revestirían la menor utilidad para nadie ni podrían servir para otra cosa que no fuera alimentar curiosidades indeseadas. Evidentemente, cuando su hermano descifró el significado de la palabra y ésta empezó a aparecer cada vez con mayor frecuencia en sus labios, ya era tarde para hacer averiguaciones: desde el abismo de su enfermedad, mi abuelo se limitaba a contemplarnos con sus ojos vacíos y acuosos, instalado en un lugar que se encontraba muy alejado de cualquier conato de lucidez, y o bien se enclaustraba en un silencio inexpugnable o bien se entregaba a una repetición vertiginosa de aquel nombre –«Estrella, Estrella, Estrella, Estrella, Estrella...»– que mi abuela comenzó a escuchar con entristecida resignación y en el que nosotros empezamos a entrever la huella de algo que se resistía a desdibujarse por más que la única persona que podía completar sus trazos viese cómo día a día se le iban extraviando los recuerdos.

Cuando, dos o tres meses antes de emprender mi viaje a Buenos Aires, la funcionaria que se encargaba de coordinar mi agenda me solicitó en un correo electrónico que le indicara el tema sobre el que tratarían tanto mi taller como la charla que debía arroparlo, elegí hablar sobre las relaciones, a menudo confusas, que se establecen entre la realidad y la ficción. Durante los últimos días de vida de mi abuelo, las personas que lo rodeábamos nos habíamos sorprendido fabulando acerca de su pasado bonaerense, es decir, construyendo una mentira plausible a partir de la cual se argumentara una realidad que desconocíamos y que nunca nos sería revelada. Los delirios en que lo sumía la enfermedad, sus evocaciones inconexas y alucinadas, nos infundieron la sospecha de que su estancia juvenil en Argentina había sido muchísimo más determinante de lo que él quiso reconocer. De ahí que comenzáramos a elucubrar sobre lo que pudo haber vivido, conformando poco a poco lo

que no dejaba de ser una ficción interesada, en tanto que las vicisitudes que imaginábamos –«debió de hacer esto o esto otro», «no hizo amigos, o sí los hizo pero no fueron duraderos, los olvidó pronto, no debió de mantener allí muchas raíces si nunca quiso volver»– obedecían más a la necesidad de ofrecer un respaldo a la conducta que siempre le habíamos conocido que a la vocación de reconstruir con veracidad sus pasos. En otras palabras, y aunque nunca llegásemos a formularlo de esa manera, necesitábamos urdir una ficción que reconstruyera una realidad que desconocíamos por completo, pero que probablemente había configurado las aristas de otra que sí habíamos vivido en primera persona. El hecho de que el recuerdo de la persona real que fue mi abuelo, o el relato de su vida, quedara condicionado al desarrollo de esa narración maquinada a partir de hipótesis o invenciones que no siempre tenían excesivo fundamento me llevó a colegir que ese tema, el de cómo la realidad y la ficción, que parecen antagónicas, tienden a conducir la una a la otra, cuando no a complementarse mutuamente, me pareció un buen punto de partida para estructurar unos talleres en los que, por otro lado, tampoco sabía muy bien qué se esperaba de mí.

También pesó en mi decisión un avatar histórico que hasta cierto punto se relacionaba con el lugar donde impartiría el curso: en la época de la colonización del Nuevo Mundo, los inquisidores españoles vetaron la publicación y la importación de novelas en las colonias hispanoamericanas, alegando que esos libros no hacían más que difundir disparates y estupideces y, en consecuencia, podían atentar contra la salud espiritual de los indígenas y entorpecer el camino hacia su evangelización. Era, evidentemente, un subterfugio. La literatura se lleva mal con los dogmas, y la implantación de una nueva doctrina en un territorio al que había que exorcizar sus antiguas creencias casaba mal con la divulgación de historias que podían causar efectos contraproducentes. La ficción miente, pero no engaña. Sobre este mismo asunto había mantenido yo una discusión, años atrás, con un amigo poeta que andaba defendiendo lo que él llamaba «poesía de no ficción» frente a lo que

consideraba poesía convencional y que, según su criterio obcecado, se sustentaba en la mentira. Esta obsesión suya había terminado por llevarlo a impugnar cualquier texto en el que percibiera una mínima veleidad fabuladora, y a raíz de aquello mantuvimos un largo debate a partir del cual terminé escribiendo un artículo que titulé «Yo estuve allí» y que salió publicado en un periódico con el que colaboraba por aquel entonces. Decía así:

Yo me embarqué con Jim Hawkins en la Hispaniola a la busca de un tesoro sepultado en no recuerdo bien qué isla perdida en un confín remoto del océano; cabalgué por las llanuras de la Mancha y vi gigantes donde sólo resultó haber molinos; me enamoré de una niña de doce años cuyo cuerpo aún sin desarrollar puso luz en mi vida e hizo arder mis entrañas; paseé un día entero por las calles de Dublín perdido en divagaciones vagas, inconexas, infructuosas; elaboré con Jacques Deza más de un informe preventivo en las cloacas del MI6; pude hablar con príncipes que reinaron en asteroides lejanos y terminaron extraviados conmigo en las inmensidades del desierto; conocí los pormenores de una Barcelona prodigiosa y vagué sin rumbo por los rincones más inverosímiles de un Madrid canallesco y turbador; me avviciné durante un tiempo en el 221B de Baker Street en compañía de un detective aficionado a la cocaína; deambulé por los subsuelos de París y me encaramé al campanario de la catedral de Notre Dame para observar los bailes de una gitana junto a la que decidí morir; resolví los crímenes que un monje ciego cometió en un monasterio italiano en cuyas estancias asistí a sesudos debates teológicos; conversé con todos los fantasmas de Comala y combatí en todas las guerras de Macondo; fui poeta en Nueva York y extranjero en Ámsterdam; anduve por el cielo y el purgatorio y el infierno cuando me vi obligado a recorrerlos para encontrarme con mi amada; padecí los tortuosos inviernos en las montañas de Región escuchando en la lejanía los disparos del guardabosques; discerní la fina línea que separa el Bien del Mal a la luz de los agostos de Yoknapatawpha; me alcoholicé bajo el volcán y discutí a pie de barra sobre el pasado, el presente y el futuro del Perú; me encon-

tré envuelto en un crimen absurdo para el que no tuve ninguna explicación; me convertí en escarabajo; soñé que volvía a Manderley; anduve de vez en cuando por las cruzadas; traté de cerca a Adriano, a Julio César, a Claudio el dios y su esposa Mesalina. Podría seguir hasta llenar varios folios, pero me falta espacio. Hace tiempo, un viejo amigo me preguntó de qué me servía leer tanto. No he encontrado una manera mejor de contestarle.

Pese a que el tiempo transcurrido desde su publicación me hizo torcer el gesto al releer el artículo y percibir en su tono alguna que otra desviación estilística felizmente superada, se lo envié a la funcionaria para que lo reprodujera en el tríptico que iban a imprimir para anunciar mi presencia en Buenos Aires, y con su lectura inicié la conferencia que ofrecí en el centro cultural de la embajada española el mismo día de mi llegada a la ciudad, ante un público bastante más numeroso de lo que yo había imaginado que, además, mostraba una atención inverosímil si se tenía en cuenta que yo era un escritor absolutamente desconocido en aquellas latitudes. No me encontraba en las mejores condiciones: si bien me ocupé de tomar las precauciones necesarias para aminorar los efectos de la diferencia horaria entre las dos orillas del Atlántico, el lapso que medió entre mi aterrizaje en Ezeiza y el inicio de la charla me había demostrado que cualquier intento de evitar lo irremediable resultaría inútil. En cuanto salí del hotel, que ocupaba un edificio levantado en la esquina entre San Martín y Córdoba, percibí las primeras señales de que el *jet lag* ni siquiera sucumbiría ante la excitación de saberme en el corazón de una ciudad que se me antojaba vibrante y excesiva. A lo largo de la calle Florida, que recorrí hasta acabar dando en el bullicio desparramado de Corrientes, decenas de personas reclamaban la atención de los transeúntes con carteles que anunciaban cambios de divisa a precios ventajosos; alrededor del obelisco, izado en medio de la Nueve de Julio como un grandilocuente mástil de la argentinidad, una concurrida manifestación exigía con más fervor que esperanza la acometida de unas reformas gubernamentales cuya naturaleza no pude adivinar; en los vestíbulos de los

teatros aún cerrados y junto a los quioscos de prensa o las señales de tráfico, vagabundos de todas las edades –en ocasiones, familias enteras– dormitaban o lanzaban al vacío miradas heridas y desafiantes; a las puertas de la pequeña pizzería a la que entré para comer a pie de barra un plato de pasta cuando el desfallecimiento había dejado de ser una expectativa para devenir en certeza, unos policías reducían a un tipo con aspecto desaliñado y torpe que, según deduje, acababa de robar el bolso a una chica aún veinteañera que presenciaba la escena con una impasibilidad rayana en la ofensa; en la Plaza de Mayo, rebaños de excursionistas se sacaban fotos ante la Casa Rosada y algunos turistas despistados entraban y salían de la catedral que, con desastradas hechuras de templo neoclásico, cerraba una de las esquinas de ese rincón que durante años asociaron los argentinos al eco irresuelto de su última y macabra dictadura. Las pintadas en las paredes, los carteles llamando al voto de los ciudadanos en una cita electoral inminente, el tráfico incesante sobre el asfalto de unas avenidas obstruidas por el humo, el calor intenso con que la primavera adornaba su llegada en aquellas fechas en las que mi país se mecía abrigado por las primeras frialdades del otoño, las prisas de las multitudes anónimas en su vértigo cotidiano y el ruido que lo inundaba todo y resonaba en mi cabeza como un motor que impulsaba mi huida hacia delante, aunque en realidad no tuviera un lugar concreto adonde ir, incrementaban la sensación de irrealidad y caos y furia.

Como nadie en la embajada se había ofrecido a ir a buscarme, regresé al hotel para consultar en Internet la dirección del centro cultural al que debía dirigirme lo antes posible si no quería comenzar mi comparecencia con retraso. Busqué en el mapa del teléfono el itinerario que debía seguir e hice varias capturas de pantalla –no tenía datos allí y tampoco señal inalámbrica fuera del hotel, y esa incomunicación repentina, ese aislamiento que alejaba toda posibilidad de contactar con los míos en cuanto abandonara mi cuarto, no dejaba de ser otro acicate para la extrañeza– con las que guiarme por las calles de esa ciudad pantagruélica a la que el atardecer comenzaba a te-

ñir de una melancolía cenicienta. Esa parte de Buenos Aires en que me habían instalado, su centro financiero o turístico o comercial, o todo al mismo tiempo, se había diseñado atendiendo al racionalismo de las grandes capitales europeas –sus manzanas remitían al presumido París haussmaniano o a la orgullosa Nueva York que en los albores del siglo xx había empezado a configurarse como la gran urbe de occidente– y resultaba fácil mantener el rumbo a poco que uno mantuviese afinado el sentido de la orientación. Me llevó algo más de media hora recorrer las atestadas aceras de la Avenida de Córdoba, cruzar la Nueve de Julio y continuar hasta el entronque con la calle Paraná. En el centro cultural algunas personas ya aguardaban en la pequeña sala que iba a acoger mi conferencia, y una de las empleadas –la misma que meses atrás me había preguntado por el programa de mis talleres– salió a mi encuentro para preguntarme si necesitaba algo, jurar y perjurar que había leído al menos dos de mis libros y explicar que no sé qué obligaciones protocolarias impedirían que tanto ella como el delegado cultural asistieran esa tarde a mi charla, si bien este último me telefonaría al día siguiente para invitarme a comer. Entre unas cosas y otras continuó llegando gente a la sala, y cuando me subí a la tarima se habían congregado allí unas cuarenta o cincuenta personas que acogieron con un aplauso benévolo mi irrupción y atendieron luego con inusitado interés a la lectura de mi artículo. La mayoría eran mujeres de edad más o menos avanzada, pero también había estudiantes universitarios y algunos hombres dispersos aquí y allá. Como el *jet lag* continuaba haciendo mella y ni siquiera había tenido la precaución de elaborar un mínimo discurso que diese algo de coherencia a mis divagaciones, me entregué a la improvisación con la secreta esperanza de que los asistentes contribuyeran con sus preguntas, o sus juicios, o sus refutaciones, a cubrir el tiempo que me habían encomendado para aquella suerte de lección inaugural. Así que, tras animarlos a que me interrumpieran cuando quisiesen e insistir en que ni mucho menos pretendía sentar cátedra, empecé a hablar de cómo Stevenson encubrió tras la peripecia de Jim Hawkins una reflexión sobre

la madurez, del juego de espejos que plantea Cervantes en *El Quijote* o de cómo Humbert Humbert nos embosca en una narración tramposa para eximirse él de toda culpa y ocultar de ese modo los horrores de una verdad inasumible. Había transcurrido algo más de media hora cuando uno de los asistentes levantó la mano para intervenir. Era un hombre bien entrado en la vejez en el que ya me había fijado un par de veces mientras peroraba y que tenía toda la impresión de encontrarse allí con el único propósito de dejar pasar la tarde. Cuando le indiqué que podía hablar, sonrió con una leve timidez y preguntó:

—¿Y Dante?

—¿Cómo Dante? —repliqué—. ¿Qué pasa con Dante?

—Dante, el escritor, vos mismo lo mencionaste. —Tardé unos segundos en entender a qué se refería, hasta que reparé en que, efectivamente, había hecho alusión a Dante sin nombrarlo («... anduve por el cielo y el purgatorio y el infierno...») en el artículo que había leído al inicio—. ¿También mintió cuando contó su viaje al Infierno? ¿No creés que pudo estar allí de verdad, que Dios lo eligiese a él para ir y volver y explicarnos lo que nos espera si no nos portamos bien en esta vida?

Hubo un cuchicheo generalizado entre la concurrencia, también algún que otro carraspeo. El viejo sonreía, y al hacerlo exhibía una dentadura irregular y amarillenta. Pensé que aquello no podía ser más que una chanza, una suerte de novatada, el entretenimiento de un hombre ocioso que intenta poner en aprietos al recién llegado, un extranjero que acaba de llegar a su país y lleva unos cuantos minutos hablando sin parar con su capacidad de raciocinio seriamente mermada por los estragos de un vuelo transoceánico.

—No lo creo —respondí, algo molesto—. En el fondo, Dante también es un buen ejemplo de esto que hemos venido hablando. Cuando nos habla de su viaje al Más Allá, en realidad está dejando constancia de las inquietudes de su tiempo y del saber que había ido acumulando la humanidad a lo largo de los siglos. La muerte de Beatriz, que sí existió, pero con la que nunca mantuvo ninguna relación, no es más que una excusa. —Y como vi que mi explicación estaba logrando que los asistentes

recuperaran la compostura, añadí una suerte de aforismo que se me ocurrió sobre la marcha y al que ni siquiera busqué el menor sentido—: Al final, toda verdad nace de una mentira y toda mentira es hija de una verdad.

Nadie replicó y yo pude proseguir mi charla, refiriéndome esta vez a cómo los recuerdos deforman sistemáticamente lo vivido y su escritura distorsiona aún más el referente, dado que el lenguaje marca el primer grado de abstracción y, por tanto, establece una distancia prudencial entre lo que se describe y lo descrito. Tras este segundo tramo, agradecí a las personas que habían asistido su presencia y las animé a que acudiesen al día siguiente a la primera sesión de mis talleres, en la que empezaríamos a aplicar en ejemplos prácticos la teoría, si es que cabía llamarla de esa manera, que me había esforzado en desgranar aquella tarde. Después del aplauso de rigor, se acercaron un par de mujeres a preguntarme dónde podían hacerse con alguno de mis libros y una estudiante universitaria vino a solicitar mi opinión sobre dos cuentos que había escrito y que me entregó en un portafolios, con el ruego de que los leyese a lo largo de aquellos días y le diese el veredicto tras alguna de las sesiones del curso, a las que me prometió que asistiría. Mientras le hacía algunas preguntas, más por cortesía que por verdadero interés, reparé en que el anciano que había hecho la pregunta sobre Dante seguía remoloneando por la sala y tuve la exasperante certeza de que pretendía abordarme en privado para continuar exponiéndome su confianza en la literalidad de la *Commedia*. Supe que no me equivocaba cuando la chica se despidió de mí y él se aproximó para permanecer silencioso ante la tarima.

—Gracias por venir —dije mientras descendía y me situaba a su misma altura—. Su observación ha sido muy pertinente. Si viene mañana, me alegrará volver a verle.

—Voy a venir, seguro —respondió con un matiz sincero de entusiasmo en su voz gastada—, me interesó mucho todo lo que dijo, pero ahora me gustaría ser yo quien le cuente a usted una historia. Hay un bar acá cerca.

Percibí en la mirada del anciano una sombra de desvalimiento y acepté su propuesta. El atardecer se desparramaba

goloso en una atmósfera cálida que invitaba a recrearse en los detalles con un detenimiento que no podía permitirme. El viejo y yo subimos por Paraná, recorrimos el lateral del parque Vicente López –tan apacible y silencioso a esas horas en las que ya la noche se disponía a presentar sus credenciales que parecía imposible que aquella ciudad amansada y risueña fuese la misma por la que había estado paseando poco antes– y nos acabamos metiendo en una pastelería diminuta y casi desierta que se abría en una esquina. Pedí un café solo y el viejo quiso tomar un tazón de chocolate. Se me presentó como Horacio Llana y no quiso hablar más hasta que la camarera depositó nuestras consumiciones en la mesa y ocupó de nuevo su puesto tras la barra, como si bajo ningún concepto quisiera que nadie más que yo oyera lo que fuese que tenía que contarme. Las primeras palabras que salieron de sus labios sonaron tan estrafalarias que hallé en ellas la confirmación de que acababa de dejarme engatusar, en aquella ciudad inmensa y desconocida, por un tipo que de ninguna manera podía estar en sus cabales:

–Yo conozco a un pibe que desapareció buscando a Dante.